

Escrig Rosa, Josep: *Contrarrevolución y antiliberalismo en la independencia de México (1810-1823)*. Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza / El Colegio de Michoacán, 2021. 500 pp.

En estos años de conmemoraciones de los hitos de la revolución liberal en el mundo hispánico, de su recuerdo y celebración como momento fundacional de los Estados-nación contemporáneos, gobiernos de muy distinto signo no han dudado en erigir monumentos, financiar investigaciones y organizar eventos académicos. Sucedió durante los bicentenarios de 1808 y 1812, cuando a ambos lados del Atlántico afloraron un sinfín de congresos, publicaciones y actos públicos. La historia salió entonces a la esfera pública y a la arena política para nutrir las narrativas del presente. Sin embargo, unos años después, apenas hubo quien aprovechara el bicentenario para impulsar estudios sobre un periodo, el llamado Sexenio Absolutista (1814-1820), del que apenas tenemos trabajos históricos. Conmemorar el pasado, al final, no es sino recordar desde el presente, volcando sobre él todos los prejuicios, intereses y narrativas de la actualidad. En América esta cuestión es aún más compleja por cuanto significa, además, rememorar y solemnizar la independencia y constitución de nuevos Estados. México siguió a grandes trazos esta dinámica. Los recursos públicos destinados a conmemorar el llamado Grito de Dolores, cuando el cura Hidalgo en 1810 se levantó contra las instituciones virreinales, fueron ingentes. Sin embargo, el bicentenario de la firma del Acta de Independencia (1821), cuando se consumó la separación de España amparada por un amplio espectro ideológico que incluía a conservadores y reaccionarios, han sido bastante más modestos. Para gran parte de la política mexicana, y alguna de su historiografía aún con un sesgo nacionalista, celebrar la revolución de 1810 significaba vincular revolución, liberalismo, nación e independencia de forma unívoca y, digámoslo también, teleológica.

No son pocas las personas que desde hace años han venido matizando esta relación epistemológica, mostrando, por ejemplo, que el liberalismo precedió a la independencia con el desarrollo de las políticas liberales contenidas en la Constitución de Cádiz. El libro de Josep Escrig Rosa se incluye dentro de esta tendencia. Fruto de su tesis doctoral, defendida en 2019 en la Universidad de Valencia, el estudio de este investigador postdoctoral de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) contribuye de forma clara y contundente a matizar, cuando no impugnar, muchos de estos prejuicios y presupuestos historiográficos. Se propone, así, abordar desde la complejidad y devolver su historicidad al periodo de la revolución analizando, precisamente, a los que se movilizaron para combatirla. Con un estilo claro, sus páginas muestran el proceso por el cual los defensores de la tradición, del orden natural del Antiguo Régimen, acabaron abrazando y defendiendo la independencia, alterando así sus propios fundamentos teóricos y sociales. La lucha frente a la revolución liberal por la salvaguarda de la religión y del orden terminó por imponerse sobre otros de sus basamentos ideológicos. Los objetivos del libro, desde luego, se cumplen con

solvencia. El autor disecciona desde la historia intelectual o de las ideas este viraje conceptual con maestría. Con ello ahonda, además, en dos cuestiones particularmente interesantes. En primer lugar, frente a planteamientos historiográficos muy asentados, consigue mostrar una contrarrevolución extraordinariamente rica y diversa en sus planteamientos. Escudándose en la tradición, en la recuperación o mantenimiento de los usos y costumbres del Antiguo Régimen, propusieron en realidad proyectos alternativos totalmente novedosos para un futuro que estaba construyéndose. Además, el autor consigue dotar de mayor complejidad al proceso histórico de la independencia al relacionar ambas orillas del Atlántico. La circulación de personas, pero particularmente de textos e ideas, fue fluida y permanente, siendo ahistórico no relacionar ambos contextos históricos.

Estructurado cronológicamente en dos grandes partes, que se corresponden con los principales momentos de la pugna entre el liberalismo y la reacción en el mundo hispánico, el libro desgrana la reorganización ideológica que se operó en el antiliberalismo entre sus basamentos epistemológicos: Dios, Patria y Rey. La primera de las etapas, que discurre entre 1810 y 1820, muestra cómo el contexto de guerra contra los franceses, de ausencia del rey y, muy particularmente, de conflicto interno contra la insurgencia, hizo que muchos reaccionarios aceptaran e, incluso, defendieran la Constitución de Cádiz y los decretos liberales del gobierno peninsular. Equipararon, así, a los seguidores de Hidalgo con los impíos y sacrílegos franceses que atacaron la base de la Monarquía Hispánica dentro de un complot filosófico-masónico global. El sexenio absolutista que siguió a la vuelta en 1814 de Fernando VII fue particularmente complejo en Nueva España, marcando indeleblemente el devenir del territorio y de sus gentes. Con una guerra abierta contra la insurgencia, que estos contrarrevolucionarios tuvieron que afrontar desde el poder, y una férrea represión a los liberales. Lo que el autor denomina «operación restauradora» no significó de ningún modo una vuelta al pasado, sino que trataron de reforzar su posición en el sistema.

Esta dinámica cambiará radicalmente en 1820, cuando el liberalismo vuelva al poder y comience a implementar sus políticas, particularmente en materias eclesiásticas. Esta segunda parte, que discurre hasta 1823, vendrá marcada por un giro total de sus opiniones. Aquellos mismos que toleraron la Constitución en 1812 se mostraron ahora totalmente beligerantes contra ella. Es entonces cuando comenzaron a fraguarse proyectos antiliberales de independencia que terminaron confluyendo con los liberales novohispanos –claramente federalistas– en un magma de posibles salidas a la crisis política que llevaba arrastrándose desde el siglo XVIII. Para mantener a salvo de los liberales a la religión, la patria e, incluso, al rey –pues no faltaron voces que pidieron su salida hacia México– era necesario romper con España, incluso a pesar de tener que aceptar una propuesta política que llevaban 10 años atacando con la pluma. Con un sesgo siempre utópico, estos teóricos reaccionarios se dispusieron a legitimar la independencia y postular un replanteamiento del lugar que la iglesia ocupaba en el nuevo Estado, luchando contra las políticas regalistas y propugnando, entre otras cosas, la reposición de los jesuitas y de las órdenes extintas, el reforzamiento del fuero eclesiástico o el aumento de sus competencias en la censura. El breve, pero intenso, Imperio de Agustín de Iturbide (1821-1823) sería para estos hombres una ventana de oportunidad de consumir aquella «doble independencia». Su abrupta clausura haría, por ello, que su frustración se canalizara hacia nuevas formas de resistencia para frenar el avance revolucionario. Se produjeron entonces

relecturas muy sugerentes del pasado prehispánico y colonial en una mixtura ideológica del antiliberalismo que nos muestra, ante todo, su diversidad y riqueza analítica.

Para abordar todas estas cuestiones, el autor recurre a muchos de los materiales impresos entonces, algunos de ellos poco explotados por la historiografía mexicana. Se muestran así las intensas relaciones intelectuales con el entorno europeo, particularmente el español, en un viaje de ideas que era de ida y vuelta. Este flujo, con todo, no era unívoco ni categórico. Josep Escrig Rosa analiza las interpretaciones que hicieron los reaccionarios novohispanos en cada contexto, evidenciando la maleabilidad de los argumentos y su capacidad de resignificación. De esta forma, sorprende ver cómo autores de la talla del padre Vélez fueron utilizados en el contexto americano para acabar justificando la alteración de la tradición y defender la independencia de España. Sin embargo, el punto fuerte de los recursos documentales utilizados por el autor está particularmente en una amplia y variada selección de manuscritos que cubren archivos de una basta y abrupta geografía. Unos textos principalmente religiosos, con menos difusión en su momento, que nos muestran cómo los clérigos fueron mediadores políticos, agentes de la movilización popular. Con sus proclamas, homilías y sermones, estos hombres llevaron la política a recónditos lugares de México. Pero, además, modificaron el lenguaje mismo para asimilar metáforas de lo trascendental con el contexto político y social que vivían. Ni la tradición eran tan inamovible ni sus fundamentos tan rígidos cuando se trataba de defender sus intereses.

El libro, en suma, nos ofrece un reflexivo, claro y complejo análisis del proceso revolucionario en México. Josep Escrig Rosa se adentra en el camino de los posibles, dotando de historicidad a un momento de aceleración del tiempo donde todo estaba construyéndose. Con ello devuelve la voz a sus protagonistas, incluyendo así todos sus miedos, sus incertidumbres y angustias. Pero también consigue mostrar la capacidad de resiliencia, de adaptabilidad, de unos hombres que tuvieron que afrontar los retos que la revolución liberal les planteó. Para mantener la tradición tuvieron que ofrecer proyectos de futuro totalmente novedosos en los que se reestructuraron sus fundamentos epistemológicos mismos. Que no fueran los vencedores de la historia no invalida su visión e interpretación del periodo revolucionario. Al contrario, sus voces y escritos resonaron muy fuertemente hasta conseguir, incluso, influir en el devenir de la revolución y del propio liberalismo. Unos ecos, además, que surcaron el Atlántico para establecer firmes vínculos entre el mundo americano y español hasta conformar una historia que ha de ser necesariamente bidireccional.

David San Narciso
Universidad Complutense de Madrid
davsanna@ucm.es